Aquella palabra

Sergio Rubio Blanco

Capítulo 1

Hasta que pronunció la palabra,

las mañanas eran estruendos de rocío,

las noches eran paz envidiada

con nubes que acurrucaban el son del solsticio.

Hasta que pronunció la palabra,

soñar era recreo en mi mente,

triunfar era destello presente

paseando la franela de mi carcajada.

Aquellas palomas volaban en libertad

entre los bastidores de un jinete visceral

que limpió la playa de orfandad,

al galope de un caballo llamado “Lealtad”.

La superación brotaba en mis párpados

como olmo en la primavera.

La inquietud silbaba la rutina de los pájaros

envolviendo la bandada zalamera.

Hasta que pronunció la palabra,

la tristeza se desnutría cual quimera.

El fracaso era prenda desgastada

en la armonía de los ecos de la sirena.

La vida vivía

entre las tareas arduas

de la ley impía,

aquella que rubricó la marea incauta.

Pronunció la palabra

y el hombre se hizo niño.

No había lienzo que reflejara

la desidia de ese camino nimio.

El verano no desprendía calor,

la magia ya no era magia.

La batalla se arrastraba sin valor

latiendo entre surcos de hemorragia.

La rueda era ahora cuadrada.

Los vientos ya no bailaban hojas.

El tiempo no me hablaba sino de horas

cuando la muerte sonreía su cruzada.

A la luna no le acompañaban las estrellas.

Mi oscuridad se secaba de farolas

y los libros desechaban la poesía del mecenas

que vio nacer del sarcasmo las caracolas.

El río ya no traía peces.

El roble era caduco y de bajos altos.

Los siervos no eran más que esclavos

en el dictamen de lo que desmerecían los seres.

Hasta que pronunció la palabra,

nada era efímero,

nada era mísero

en el jaguar de mi pisada,

antes plena de oxígeno,

ahora hueca en mi senda olvidada.

Hasta que pronunció la palabra,

mi arma era la espada.

Dicen pintar el vacío con mi mirada.

Todo por pronunciar esa palabra

nacida del silencio de la madrugada.

Aquella horrible y trágica palabra.